

### 3º.- ¿HAY UNIDAD EN EL HUMANO?

#### 3º. 1.- LO QUE NOS MUEVE A ACTUAR

El Ser humano ha sido llamado *un ser de carencias*: comparado con los animales está escasamente dotado morfológicamente, tampoco se encuentra adaptado a ningún medio ambiente, y no parece poseer apenas ningún instinto. Sin embargo, supera con mucho a los animales en dos cosas: en inteligencia y en impulsos. Esto último es lo que parece, a primera vista, chocante. Si, como antes se pensaba, deseos y pasiones constituyen lo animal en el ser humano, resulta entonces que él es más animal que cualquier otro. Posee, en efecto, un extraordinario superávit pulsional, ninguna de las pulsiones humanas es periódica, sino crónica (por ejemplo, no hay épocas de celo en nuestra especie), y su energía parece inagotable. Ningún otro animal puede llegar a ser tan glotón, agresivo o lascivo; ningún otro posee un mundo pasional tan inmensamente rico. De acuerdo, pero ¿para qué sirven los deseos y las pasiones?

Para nada bueno, opinaban los estoicos; lo único que pueden hacer es estorbar. Son perturbaciones del ánimo, locuras. Por eso recomendaban la imperturbabilidad (*ataraxía*) ante las pasiones. Por el contrario, Hegel -el gran defensor de la razón- escribió: «Nada grande se ha realizado en el mundo sin pasión» (Filosofía de la historia, Intr, 2).

En realidad, el ser humano necesita ese enorme caudal energético, ya que sin él no hubiera podido sobrevivir ni crear el mundo en que vive. Las pasiones y los deseos son de vital importancia para 1. la acción, 2. el conocimiento, 3. la relación con los otros y, finalmente, 4. la cultura y la sociedad.

#### 3º.1.1 Las pasiones en la acción

Sin deseos y pasiones, la actividad humana sería, probablemente, inexplicable. El conocimiento no basta por sí solo para mover a la actividad. «La razón puesto que es fría y descomprometida, no puede mover a la acción» nos dijo Hume. Esta afirmación puede parecer sorprendente. ¿No se ha dicho siempre que la acción debe ser racional?

Problema: ¿Qué es lo que nos mueve a obrar, la razón o el deseo? Veamos dos opiniones contrapuestas.

1ª.- Sócrates: La razón basta para movernos a obrar. Sólo así podremos decir que nuestra acción es racional. Se equivocan los que creen que la razón es impotente. Si lo que nos mueve es la pasión o el deseo, entonces la acción será irracional.

*SÓCRATES.—A la mayoría les parece que el Saber no es ni fuerte, ni rector, ni con autoridad; por el contrario, creen que en el ser humano no es el saber quien manda, sino alguna otra cosa, sea la ira, sea el placer, sea el dolor, alguna vez el amor, muchas el miedo; en una palabra, piensan del saber como de un esclavo del que tiran en todas direcciones todos los demás. ¿Te parece a ti lo mismo, o bien ves en el saber algo bello y capaz de gobernar al ser humano, y que si alguien es conocedor de lo bueno y de lo malo no será forzado por ninguna otra cosa distinta de lo que el saber manda, pues la inteligencia es lo más idóneo para auxiliar al ser humano?*

*PROTÁGORAS—Opino como tú, Sócrates, y añado que me avergonzaría más que a nadie no decir que la Sabiduría y la ciencia son lo más poderoso en los asuntos humanos.*

*SÓCRATES—Has hablado perfectamente y has dicho la verdad. Sabes, sin embargo, que la mayoría no nos cree a ti y a mí, sino que afirman que muchos, sabiendo lo que es mejor, no quieren hacerlo, aun pudiendo, y hacen otra cosa. Y a cuantos he preguntado cuál es la causa de esto, me dicen que quienes actúan así lo hacen vencidos por el placer o el dolor, o dominados por alguna de las cosas que he indicado (PLATÓN, Protágoras, 352b-e).*

2ª.- Aristóteles: La razón no puede mover a la acción, sino sólo el deseo y la pasión. Pero ello no impide que la acción pueda ser racional.

*No existe sino un solo principio motor, la facultad de desear. Si hubiera dos (quiero decir, el entendimiento y el deseo), serían motores en virtud de algo común. Pero el entendimiento —manifiestamente— no mueve sin el deseo. ... El deseo, al contrario, puede mover al margen de la razón. El entendimiento siempre es razonable, mientras que el deseo y la imaginación pueden ser razonables o equivocarse. Así, siempre es lo deseable lo que mueve, pero puede tratarse de un bien real o de un bien aparente. ...) Aquí, el motor inmóvil es el bien práctico; el motor movido es el deseo (ya que éste es una clase o movimiento o, mejor, una acción), y lo movido es el animal (ARISTÓTELES: Sobre el alma, II, 10, 433 a 22.SS. 433b 15Ss).*

Demasiadas ideas para tan pocas líneas, ¿no? Pues aún se puede decir más brevemente. Sólo el deseo (o la pasión) nos mueve; y éste, el deseo, es movido por el objeto (deseable) percibido o imaginado. El entendimiento es absolutamente incapaz de movernos a la acción, lo único que puede hacer es decirnos si el objeto merece realmente ser deseado. También nos puede descubrir los medios para alcanzar dicho objeto -pero esto ya no lo dice el texto-.

Se ve bien cuál es la opinión de Aristóteles: para que la acción sea racional no es preciso que seamos *movidos por la razón*, basta que la acción sea *conforme a la razón*.

En otro lugar, Aristóteles parece contestar directamente a Sócrates. Afirma, entonces, que incluso los comportamientos que parecen contrarios a la razón se apoyan generalmente en algún tipo de justificación racional. Es una muestra de lo que se llama un silogismo práctico (es decir, un razonamiento que conduce a la acción): la "premisa mayor" de dicho razonamiento es un principio práctico general (por ejemplo, que determinado alimento es nocivo); la "premisa menor" se refiere a una situación concreta (el alimento que tengo delante es de esa clase). Lo racional, en consecuencia, es que no lo coma. Pero puede ser que desee vivamente comerlo. Entonces el deseo me lleva a recordar otro principio general (por ejemplo, que no es correcto rechazar lo que le ofrecen a uno). Este Segundo principio no contradice, evidentemente, al primero, pero conduce a la conducta contraria, que es la que deseo. La lógica de la pasión no hace, pues, sino substituir un argumento por otro según la propia conveniencia. Y esto es lo interesante del caso: que es la pasión la que desencadena el razonamiento autojustificativo, y busca "sus razones". Es lo que se ha llamado *lógica de la pasión* y Freud denominó *racionalización*.

**Conclusión.** Podemos estar de acuerdo con Aristóteles. Son el deseo y la pasión, de hecho, los que nos mueven a obrar. Y la psicología posterior ha conservado esta idea llamándolos *motivos* de la acción. Si mueven de acuerdo con la razón, la acción será racional (o, al menos, racionalizada); si no, será simplemente irracional. Por cierto, la cita de Hume estaba incompleta. Entera, dice así: *La razón, puesto que es fría y descomprometida, no puede mover a la acción; lo único que hace es dirigir el impulso que recibe de la inclinación* (HUME: Sobre los principios de la moral. Apéndice, I).

### 3º.1.2. Las pasiones en el conocimiento

Hay que decirlo claramente desde el principio: la pasión no conoce, tampoco el deseo. Pero existe una pasión por el conocimiento.

*El error no es ceguera, el error es cobardía... Toda conquista, todo paso adelante en el conocimiento es consecuencia del valor, de la dureza consigo mismo, de la limpieza consigo mismo...* (NETZSCHE, Ecce Homo. Prólogo, 3).

La pasión por el conocimiento tiene una cierta base instintiva: la curiosidad animal. Los mamíferos especialmente son seres curiosos y nosotros somos el mayor de los curiosos. Además, la curiosidad en el ser humano se convierte en amor al conocimiento y a la verdad. El tema fue desarrollado por Platón en su versión del mito de Eros, que es como se llama Amor en griego. Nos dice que es un dios, hijo de dos dioses opuestos:

*«Por ser hijo de Poros -dios de la abundancia de recursos- y Penía -diosa de la indigencia, de la falta de todo-, Eros ha quedado en las siguientes condiciones: En primer lugar, es siempre pobre por tener la naturaleza de su madre. Pero, por otro lado, de acuerdo con la de su padre, está al acecho de los bellos y de los buenos, y es valeroso, intrépido e impetuoso, cazador formidable, que siempre está urdiendo alguna trama, ávido de conocimiento y fértil en recursos, amante de saber a lo largo de toda su vida, formidable*

*magos, hechiceros y sofistas. Ni carece de recursos nunca, ni es tampoco rico en ellos, y por eso está en medio de la sabiduría y la ignorancia. Pues ocurre lo siguiente: ninguno de los dioses ama la sabiduría ni desea hacerse sabio porque ya lo es (ni ama la sabiduría cualquiera que es ya sabio). Por otro lado, los ignorantes ni aman la sabiduría ni desean hacerse sabios, pues eso mismo es lo triste de la ignorancia, el no ser bello, ni bueno, ni juicioso y creerse que ya lo es suficientemente (así, quien no cree estar necesitado de una cosa, no desea aquello que no cree necesitar. ...*

*Es precisamente la sabiduría una de las cosas más bellas, y Eros es amor respecto de lo bello, de suerte que es forzoso que Eros sea amante de la sabiduría, y por eso se halla a medio camino entre el sabio y el ignorante» (PLATÓN: Banquete, 203c-204b).*

En consecuencia, el amor platónico es, simultáneamente, amor de la belleza y del conocimiento. Se trata de un movimiento ascendente hacia la Belleza y Verdad absolutas, un amor siempre inquieto porque no puede saciarse nunca. De ahí que Platón escribiera que *el amor es filósofo*, es decir —según la etimología del término—, amante de la sabiduría.

La relación entre amor y conocimiento se convertirá en tema constante en el sufismo islámico (una importante e interesante corriente ascética dentro del Islam) y en la filosofía del Renacimiento, (especialmente en el modelo neoplatónico el mágico-estético). Afirmarán no sólo que el amor impulsa al conocimiento, sino también que nos abre al conocimiento de lo que sin él resulta inaccesible. El amor, pues, no ciega, sino todo lo contrario:

*El amor no es ciego en sí, y si convierte en ciegos a algunos amantes, no es por sí mismo, sino por alguna innoble disposición del sujeto amante, como ocurre cuando las aves nocturnas se ciegan en presencia del sol (no es que el sol ciegue en general, sino que le sucede a esas aves si abren mucho los ojos). En lo que a él se refiere, pues, el amor ilustra, esclarece, abre el intelecto, haciendo penetrar en él toda cosa y suscitando milagrosos efectos. (G, BRUNO, De los heroicos furores, Tecnos, 1987, p. 41).*

Parece bastante claro que la pasión y el deseo impulsan a la acción y al conocimiento, que en realidad es una forma particular de acción. ¿Pero cómo se pretende que sean también un tipo de conocimiento? Lo que sucede realmente es que deseo y pasión nos predisponen a la construcción de imágenes, conceptos y teorías.

### 3º.1.3. Las pasiones en la relación con los otros

¿Qué Sucedería si la relación con los demás se basara sólo en el conocimiento? Si así fuera, sólo existirían conocimientos, es decir, conocidos. Para que existan amigos o enemigos hacen falta el amor y el odio, es decir, se precisa la mediación de los sentimientos (recuerda que son un tipo de pasiones, junto a las emociones).

1.- La **primacía del "yo" y el conocimiento**. El pensamiento moderno —ya desde el Renacimiento— es, en general, individualista y racionalista. Claramente otorga la prioridad al "Yo pienso" (Descartes). Supone que ante todo me percibo a mí mismo como pensamiento. Sólo posteriormente percibo y conozco que existen otros. Desde esta perspectiva —dirá en síntesis Sartre—, «el otro es mi representación», y la relación con él será algo sobreañadido al yo. Entonces, "el otro" se convierte incluso en un "problema": ¿cómo sé que eso que percibo es también un "yo"? Porque la autopercepción es anterior a la percepción del otro; y el yo percibe al otro únicamente como un cuerpo en movimiento. Las consecuencias son graves y penosas: el desconocimiento mutuo y la incomunicación. Cada uno sólo se conoce y se siente a sí mismo, no realmente al otro. Vivimos aislados en nuestro propio interior. Somos islas. "Solipsismo" (del latín solus ipse, yo solo) es la palabra adecuada.

2. La **primacía de "los otros" y los sentimientos**. Todos los intentos por explicar la relación con los demás a partir de un "yo (solitario) pensante" están llamados al fracaso. Pero no hay que echarle la culpa a Descartes: él concibió el "Pienso, luego existo" exclusivamente como primer principio para una fundamentación más segura de la ciencia. Nada más. El problema de cómo se constituye psicológicamente el "yo" del niño pequeño es totalmente ajeno a su planteamiento filosófico. Sobre esta cuestión, los pensadores contemporáneos se muestran extrañamente de acuerdo:

«El individuo se experimenta a sí mismo como tal, no directamente, sino sólo indirectamente, desde los puntos de vista particulares de los otros miembros individuales del grupo Social. La persona, en cuanto que puede ser un objeto para sí, es esencialmente una estructura social y surge en la experiencia social. ...) Es imposible concebir una persona surgida fuera de la experiencia social. ... uno habla consigo mismo como hablaría con otra persona» (G.H. MEAD, Espíritu, persona y sociedad. Paidós, 1982, pp. 170 y 172).

Por tanto, desde el punto de vista genético, la experiencia de "los otros" es anterior y es el fundamento de la experiencia del propio "yo". Y el pensamiento —O "habla interior"— deriva de la comunicación con los demás. Pero antes de esto, lo que envuelve al bebé es una corriente de afectividad. El hecho primordial en nuestra vida es la existencia de los otros en cuanto fuente de sentimientos. El "yo" y el pensamiento son —para cada individuo— una conquista posterior.

**Solipsismo:** 1) En Sentido extremo: Pretensión de que sólo existe mi propio yo (solus ipse). Doctrina sin partidarios. 2) Doctrina que afirma que el sujeto sólo conoce directamente los contenidos de su conciencia. La realidad del mundo y de los otros es negada o ha de ser demostrada. Soledad del yo (solus ipse) dentro de sí mismo.

No confundir con: 1) **Egoísmo:** Tendencia a buscar el interés personal con exclusión del de los demás. 2) **Egocentrismo:** Tendencia a referir todo a sí mismo y constituirse en centro del mundo.

### 3º.1.4. Las pasiones en la sociedad y la cultura

La construcción de la sociedad y la cultura sólo ha sido posible gracias a la inmensa energía de los deseos y pulsiones, pero únicamente en la medida en que el ser humano ha aprendido -a través de la historia- a contenerlos y orientarlos en la dirección debida. El ser humano posee, en efecto, la capacidad única de prever el futuro, de concebir fines y medios, de adelantar las consecuencias de sus actos. Es decir, posee conciencia de la temporalidad.

Quizá nadie supo ver esta cuestión mejor que Freud. La actividad pulsional humana obedece en los primeros años de la vida al principio de placer: procurarse el placer -y evitar el displacer- de modo directo e inmediato. Pero pronto se desarrolla el principio de realidad, y el individuo advierte que debe adaptarse al medio social en que vive. No hay que pensar que el "principio de realidad" impone entonces la renuncia a las pulsiones, ya que éstas son necesarias para el individuo mismo y para la sociedad. A lo que renuncia es a la satisfacción inmediata, aceptando un "aplazamiento". También se renuncia en muchos casos al objeto propio de la pulsión, la cual se ve, por tanto, sometida a un "desplazamiento" que Freud suele llamar "sublimación". Así es como la sociedad puede utilizar la energía pulsional de los individuos para fines socialmente aceptados y valorados.

Se entiende ahora el sentido de las afirmaciones tajantes de Freud: «La cultura reposa sobre la renuncia a las satisfacciones pulsionales», y «La cultura se ve obligada a sustraer a la sexualidad gran parte de la energía psíquica que necesita para su propio consumo». Con ello, la sociedad y la cultura parecen provocar la infelicidad del ser humano, que no puede realizar sus más íntimos deseos. Pero Freud no cree que en una sociedad regida exclusivamente por el "principio de placer" podría ser más feliz el ser humano. Sí imagina, en cambio, la posibilidad de una sociedad que imponga al individuo condiciones menos duras.

**Placer** significa para Freud la disminución de la excitación (tensión) mediante una descarga de la pulsión.

**Sublimación:** Desviación de Una pulsión hacia un objeto substitutorio socialmente más aceptable.

### 3º.2.- LA UNIDAD DEL SER HUMANO

La vida afectiva es dispersa y contradictoria: los deseos y pasiones más opuestos parecen sucederse sin orden ni coherencia alguna. Por otro lado están las actividades calificadas como racionales, entre las que suelen incluirse las cognitivas, las necesidades y los aprendizajes.

El humano no es un espíritu puro, sino también un ser material, además de mente tenemos cuerpo, aunque a veces parece que ello.

Tampoco resulta fácil conciliar que somos un ser individual, pero que necesitamos la sociedad para existir como especie y como individuo.

Con tanto enfrentamiento, ¿cómo no pensar que el ser humano es un ser fraccionado, sometido a la dispersión? Y más aún, ¿cómo restablecer la unidad?

### 3º.2.1.- La vía de la negación

El procedimiento más drástico sería intentar anular una parte nuestra, ya sean las pasiones y los deseos, ya sea el cuerpo, ya sea nuestro lado grupal, social.

- Respecto a la primera negación -de las **pasiones**-, fue el camino escogido por los estoicos en Grecia: la razón aseguraría entonces la unidad humana. También es la propuesta -aún más radical- del budismo de la India: alcanzar el *nirvana* implica la destrucción de todo vínculo afectivo con el mundo:

«En aquella ocasión el bhagavant (Buda) estaba sentado al aire libre, en la profunda oscuridad de la noche, mientras ardían unas lámparas de aceite, y numerosas mariposas nocturnas, volando hacia aquellas lámparas y revoloteando alrededor de ellas, encontraban así su perdición y su muerte. El bhagavant lo vio (...) y, comprendiendo el sentido, dijo en aquella ocasión este *udána*: "Se precipitan, no encuentran la verdad; se fabrican nuevos y nuevos lazos, y como las mariposas nocturnas caen en la lámpara. Así algunos se entregan a lo que oyen, a lo que ven"» (*Udána. La palabra de Buda*. Barral, 1971, p. 204).

¿Esta anulación es una recuperación del yo —supuestamente perdido y disperso en el mundo—, o su anulación? Paradójicamente, el budismo ha visto bien que los deseos —junto con las opiniones— constituyen el núcleo de la personalidad. Los deseos y los sentimientos son lo más personal: las ideas pueden ser de todos, y por ello necesitan ser patentadas y registradas. Mis sentimientos son sólo míos, y a nadie se le ha ocurrido jamás "registrar sentimientos". No somos un "yo puro" pensante, no es el "yo pienso" lo que nos individualiza, sino el "yo siento". El sentir —el "poder ser afectado", como decían los filósofos modernos— es "estar implicado en algo", es decir, formar parte del mundo real, vivir y sentirse vivo. En consecuencia tratar de eliminar lo pasional no es camino hacia la unidad sino hacia un humano deforme, al que han tratado de extirpar una parte básica de su ser.

- Otro tanto sucede con la segunda negación, la del **cuerpo**. Si pretendemos que somos nada más que mente -o alma se decía en otras épocas- y nuestra parte material, el cuerpo, no es sino una adherencia que se nos desprenderá al morir, liberando nuestro auténtico ser y restaurando su unidad. Durante la mayor parte de su historia las tres religiones del libro (Judaísmo, Cristianismo e Islam) han defendido esta postura, el alma es el verdadero humano y el cuerpo no es sino un lastre que nos estorba para cumplir la voluntad divina y nos empuja al pecado. Sin embargo, sucede lo mismo que con lo pasional y lo racional, que son inseparables. Sin cuerpo no tendríamos modo alguno de existir ni de interactuar entre nosotros y menos aún con la naturaleza, con el universo. Si los dualismos son difíciles de sostener, los monismos resultan igual de forzados. (Recuerda el apartado Mente-Cerebro de este bloque y también el tema de los tipos de realidades: la energía física, la psíquica y la persona, especialmente).

- Respecto a negar nuestro lado grupal, **social**, la mayor parte de la historia de occidente no ha realizado una negación directa, sino indirecta. Desde Aristóteles sabíamos que somos un animal social por naturaleza, sin embargo apenas se sacaron consecuencias ni aplicaciones de ello. Especialmente a partir del triunfo del cristianismo, la dimensión individual se antepone a la colectiva, puesto que cada uno es responsable ante Dios de su mérito o su culpa, para ganar la salvación eterna de su alma individual en el cielo, o la condenación eterna de su alma individual en el infierno. Lo social pasa completamente a segundo plano, pues supondría una interferencia con el destino del individuo. Tras la Reforma Protestante este individualismo va in crescendo y ya en la segunda mitad del s. XVII con Thomas Hobbes, aparecen las Teorías del Contrato para explicar el origen de la sociedad humana. Según ellas, no somos sociales por naturaleza, sino individuos que voluntariamente hacen un pacto o contrato social, a partir del cual vivimos en

sociedad. Por tanto, lo realmente importante en el humano es ser individuo, y lo social, lo grupal, es una manera de organizarnos que nos beneficia, pero totalmente prescindible.

Esta supresión de lo grupal es imposible, ningún individuo humano sin la sociedad podría sobrevivir, ni ser un humano (recuerda, por ejemplo, los niños salvajes, al no haber tenido una sociedad humana no saben que son humanos, porque en realidad no lo son, pues necesitamos del grupo, de la sociedad, para que se desarrollen las potencialidades que tenemos (de otro modo esas posibilidades quedan atrofiadas, es como si no estuviesen, por ejemplo el lenguaje). El colmo del individualismo surge al darnos cuenta de que convertirnos en individuos es imposible aisladamente, exige ser parte de un grupo social. Nadie nace con una identidad individual, sino que la adquiere en contacto con el grupo humano del que forma parte.

### 3º.2.2. - Ensayo de solución

Así, pues, hay que buscar la unidad del ser humano respetando su integridad, no extirpando partes. Si algo caracteriza al humano es **su acción**, su obrar continuado (sea físico, mental, sobre las cosas, sobre otros humanos,...). Atendamos a este aspecto y analicemos cómo se lleva a cabo. Al preguntarnos ¿hay algún principio estructurante de la acción humana? Resulta que podemos señalar los siguientes:

*Lo que determina a un hombre, lo que le hace un hombre, uno y no otro, el que es y no el que no es, es un principio de unidad y un principio de continuidad. Un principio de unidad, primero en el espacio, merced al cuerpo, y luego en la acción y en el propósito. Cuando andamos, no va un pie hacia adelante y el otro hacia atrás, ni cuando miramos, mira un ojo al norte y el otro a sur, como estemos sanos. En cada momento de nuestra vida tenemos un propósito, y a él conspira la sinergia de nuestras acciones. Aunque al momento siguiente cambiemos de propósito. Y es en cierto sentido un hombre tanto más hombre, cuanto más unitaria sea su acción. Hay quien en su vida toda no persigue sino un solo propósito, sea el que fuere.*

*Y un principio de continuidad en el tiempo. Sin entrar a discutir -discusión ociosa- si soy o no el que era hace veinte años, es indiscutible, me parece, el hecho de que el que soy hoy proviene, por serie continua de estados de conciencia, del que era en mi cuerpo hace veinte años. La memoria es la base de la personalidad individual, así como la tradición lo es de la personalidad colectiva de un pueblo. Se vive en el recuerdo, por el recuerdo, y nuestra vida espiritual no es en el fondo, sino el esfuerzo de nuestro recuerdo por perseverar, por hacerse esperanza, el esfuerzo de nuestro pasado por hacerse porvenir. (M. de UNAMUNO, *Del Sentimiento trágico de la vida*, 1).*

Unamuno recoge, por tanto, **tres principios de unidad y continuidad**: el **cuerpo**, el **propósito** y la **memoria** (penetrada de "esfuerzo" por recordar).

Antes de explicar el texto conviene aclarar los términos:

*Acción* es el ejercicio de la posibilidad de hacer. Y *hacer* es dar lugar, producir, generar. Cuando quien hace es un humano, decimos que actúa y **actuar**: es obrar, realizar actos que son libres y conscientes.

Por tanto, no es lo mismo realizar una acción sin pensar, lo cual se refiere a un modo de actuar donde falta parte de la conciencia, nunca toda. Así, al llegar a casa dejo el abrigo en el perchero sin darme cuenta; al escribir agarro el bolígrafo y lo muevo sin ser plenamente consciente; la tensión y posturas de mi cuerpo al montar en bicicleta... siguen siendo acciones humanas aunque nos pasen desapercibidas por el **hábito** generado respecto a ellas.

No confundirlo con los **reflejos**: actividades que realizamos pero de modo inevitable e involuntario, además de, muchas de ellas, inconsciente (p. ej. hacer la digestión; contraer o dilatar las pupilas en función de la luz; los latidos del corazón; respirar ...). Los reflejos son una actividad humana involuntaria, pero no son actuaciones humanas.

Por eso aunque muchas de nuestras acciones se han automatizado, siguen siendo modificables y podemos actuar de otro modo si lo decidimos. En cambio los reflejos son incambiables porque pertenecen al ámbito de lo puramente biológico, sin grado alguno de libertad.

Un modo extraño de actuar es el que solemos llamar "*obrar contra su voluntad*", porque ahí precisamente falta la libertad. P. ej. si te mandan estar callado y te amordazan, cuando tu quieres gritar, te

están obligando a actuar contra tu deseo, al anular tu libertad de acción. Sin embargo, ¿es una acción humana? Podemos decir que sí, pero tiene la peculiaridad de que no somos responsables de ellas (por haber suprimido parte de nuestra libertad, o toda ella).

### 3º.2.2.1.- El cuerpo

Antes que nada hemos de abandonar la visión del cuerpo como un craso elemento material estático y previamente constituido, como una "cosa" que está unida con una mente o alma. Como ya hemos visto, el dualismo difícilmente da razón de lo que somos los humanos y plantea el irresoluble problema de la relación entre cuerpo y mente.

La persona humana es plenamente real y presente en el cosmos mediante el cuerpo, ¿de qué otro modo, si no, se podría producir nuestra existencia? Ello no quiere decir que sea algo separado de la energía psíquica, de nuestra mente, ni de nuestra identidad, sino un aspecto distinto (revisa el tema de los *tipos de realidad*). Bien, pues el elemento que nos dota de unidad espacial y mediante el cual la energía física da lugar a energía psíquica, y esta a nuestro ser nosotros mismos -nuestra identidad-, es el cuerpo.

Sin embargo, podemos plantearnos que nuestro cuerpo se transforma continuamente. ¿Acaso es el mismo que tenía hace 10 años? No, las células han ido siendo sustituidas por otra y en ese tiempo ya no queda nada de lo que había. Esto debe hacernos darnos cuenta de que lo importante no es su identidad material, sino estructural. Un cuerpo puede ser el mismo estructuralmente, y sin embargo haber cambiado materialmente en casi todas sus partes.

El aspecto prevalente no es el de su materialidad, sino el de ser una **organización de funciones**, siendo las principales agrupables en: funciones de vitalización, funciones de relación y funciones de manifestación:

- **Vitalización**: se trata de las funciones más vegetativas y emparentadoras con el resto de las realidades cósmicas, en una triple vertiente: el cuerpo *energetiza* (permite que a su través tomemos del cosmos la necesaria energía para toda actividad vital), *radica* (el humano tan sólo a través del cuerpo puede tener raíces en el cosmos sensible) y permite la *acción coordinada*, de modo que la energía absorbida retorna al cosmos dialécticamente: transformando el mundo circundante.

- **Relación**: que se produce en dos sentidos: nos abre al universo pero lo hace selectivamente, siendo una retícula (para entenderlo recuerda lo explicado al comienzo de la percepción y sus filtros). Y el segundo: nos abre a otros humanos, permitiendo que exista cualquier relación intersubjetiva, y con ella la sociedad.

- **Manifestación**: el humano no sólo se manifiesta a través de su cuerpo, mediante los órganos expresivos, sino que además nos automanifestamos a través de todo el cuerpo expresando nuestra intimidad. Gestos, posturas, cambios en la coloración de la piel, erizamiento del vello, ... además, por supuesto, de lo que mediante el aparato fonador decimos, todo ello forma parte de nuestra manifestación a través del cuerpo que somos. A menudo decimos más mediante las posturas, el tono de la piel y las glándulas sudoríparas que mediante las palabras que pronunciamos (las cuales tampoco serían posibles sin el cuerpo).

### 3º.2.2.2.- La memoria

Luego, la memoria. ¿Es ella la que constituye nuestra identidad personal, como opinaba Locke? Quizá. Hume objeta, sin embargo, que no es la memoria la que produce la identidad personal:

En general, la psicología cognitiva ha estudiado siempre la memoria como una función estrictamente individual. Sin embargo, existe una construcción social de la memoria. La inician ya los padres, como muestra este ejemplo:

«Rebeca (5 años) señala una fotografía que la representa con su madre y otra niña. Rebeca: *Mamá, Rebeca, ¿y?* Madre: *Natacha. Una niña. Me parece, sí, me parece que se llamaba así,* Rebeca *Natacha.* Madre: *¿Te acuerdas de cuando jugabas con ella?* Rebeca: *Natacha, ¿Natacha es mi amiga?*

Madre: *Sí*. Rebeca: *¿Conocía a Pablo?* (el hermano de Rebeca) Madre: *Pues claro, pero vosotras jugabais las dos juntas. Era una francesita y aunque no hablabais la misma lengua, os entendíais muy bien*. El padre entra en la habitación. Rebeca: *Papá, soy yo y mi amiga en Francia»* (M. BILLING y D. EDWARDS, *la construcción social de la memoria*, Mundo Científico, 150, 1994, p. 817).

De modo que con frecuencia nuestros recuerdos no son realmente nuestros, sino transmitidos. Además, se nos enseña a recordar, y ese aprendizaje se refiere, por ejemplo, a *la manera de pasar la criba y distinguir lo que es pertinente y posee valor explicativo o no. Los niños y niñas aprenden formas de describir, de relatar y de olvidar; aprenden a ignorar lo que se considera trivial...* (ibid.).

También la memoria de los adultos experimenta una continua influencia de la sociedad, en especial de los medios de comunicación, que nos recuerdan ciertas ideas y acontecimientos pero silencian o transforman otros. (Por ejemplo en nuestro país los medios de comunicación siempre hablan de la Transición como el antecedente necesario de la actual democracia y recuerdan nada más que lo positivo de ella, ocultando todos los lados oscuros que tuvo. A la vez, se silencia el suelo democrático de la Segunda República Española y no se mencionan ninguno de sus logros y avances, - por ejemplo el reconocimiento de derechos para todas las mujeres que hoy nos parecen básicos y en ese momento eran un gran avance, que la dictadura franquista borró por completo-). Se revisa continuamente el pasado, se transforman los hechos y sus interpretaciones. La novela *1984* de Orwell ilustra sobre las posibilidades manipulativas de la sociedad para transformar el recuerdo del pasado en la mente humana. Cómo es esto posible, es fácil de entender: lo que recordamos no son hechos o cosas; recordamos "recuerdos", y nuestro almacén de recuerdos (la memoria) está en continua transformación. El pasado ya no existe y los recuerdos cambian. Sólo la **voluntad ética de verdad** -voluntad individual- y la **voluntad política de verdad** -voluntad colectiva- pueden preservarnos del engaño. Si se manipula la memoria, en esa misma medida se manipula la identidad individual y colectiva.

En consecuencia, la memoria es clave en nuestra identidad, ¿quién sería él mismo si careciese de recuerdos?. Pero ello no quiere decir que parte de nuestra memoria sea construida socialmente, aunque no nos demos cuenta.

### 3º.2.2.3.- La voluntad

El texto de Unamuno señalaba tres fundamentos de la identidad personal: el cuerpo, la memoria y el propósito. Nos queda este último. El término "propósito" remite a un concepto fundamental en el pensamiento filosófico desde los griegos hasta Nietzsche: la *voluntad*. Quizá se encuentra en ella la unificación última de la dispersa actividad psíquica del ser humano. ¿Qué es la voluntad? es uno de los conceptos más difíciles de aclarar, hasta el punto de que ha sido abandonado por la psicología científica, que lo considera como un concepto "filosófico" y lo ha substituido por el concepto de "motivación"

#### 1º.- La voluntad como fenómeno primitivo

Algunos autores han identificado la voluntad con el deseo, aunque no con cualquier deseo. Así, para Hobbes la voluntad es el deseo del que procede inmediatamente la acción (o la omisión del acto, que es el no hacer algo), por lo cual también los animales poseen voluntad (cfr. *Leviatán*, 6). Con Schopenhauer la voluntad se convierte en algo aún más primitivo, por lo que se encuentra incluso en los seres inorgánicos:

«La fuerza que palpita en las plantas y los vegetales y aun la que da cohesión al cristal, la que hace girar la aguja magnética hacia el polo Norte, aquella que brota al contacto de metales heterogéneos (...) se llama voluntad. ... Es lo más íntimo, el núcleo de todo lo individual, como también del universo; aparece en cada una de las fuerzas ciegas de la naturaleza, en la conducta reflexiva del ser humano, que en toda su diversidad sólo se diferencia en el grado de sus manifestaciones, mas no por la esencia del fenómeno» (*El mundo como voluntad y representación*, II, S 21).

Esta voluntad radical se manifiesta en Schopenhauer y Unamuno como *voluntad de vivir* o de *sobrevivir*. En Nietzsche, en cambio, la *voluntad de poder* significa la aspiración a ser más. Pero siempre la voluntad significa algo al margen de la razón -o contra la razón-, un impulso



primitivo y radical, el fondo mismo del ser humano e incluso de todo ser existente. De ahí que Schopenhauer comente: «La Voluntad, que todos los sistemas filosóficos anteriores al mío coinciden en considerar como un último resultado, es para mí lo primero de todo» (o.c., II, Ap, XX).

## 2º.- La voluntad como función de síntesis

La otra concepción de la Voluntad la considera como el "último resultado" de la evolución del ser humano y, por tanto, como algo exclusivo de éste.

La voluntad no es una "cosa", una misteriosa entidad interior. Tampoco ayuda mucho decir que es una "facultad" de la mente (o del alma), ya que la teoría de las facultades se encuentra relegada al baúl de los recuerdos (filosóficos, desde luego). No es sino *el acto de querer* (al que se suele llamar **volición**). ¿En qué consiste? Es una actividad psíquica muy compleja, como se podrá ver por la descripción siguiente:

**1)** Querer es un acto intencional. Querer es siempre querer algo. Presupone, pues, la representación de un objeto, que puede ser una cosa o una acción. No hay volición sin conocimiento. No hay un querer inconsciente, aunque sí puede haber deseos reprimidos inconscientes. (Yo quiero hacer tal cosa, o conseguir cual o librarme de lo que sea, pero es imposible querer nada o querer algo que ignoramos por completo).

**2)** En contraste con la frecuente indecisión de deseo, que fluctúa de un objeto a otro, el querer siempre es un *quiero esto*. Es decir, implica una decisión por la que el querer queda fijado en un objeto. Por ello, cuando alguien dice: "No sé lo que quiero", lo que sucede es que aún no quiere nada, sino que simplemente va de un deseo a otro. Precisamente por tratarse de una fijación en un objeto, algunos han identificado la voluntad con el esfuerzo de atención: «La actuación fundamental de la voluntad consiste en atender a una idea y mantenerla firmemente ante la mente para que no desaparezca» (W. James). (Yo quiero hacer el resumen de este tema antes de la fecha, o conseguir una buena nota en Filosofía este curso, o librarme del trabajo de estudiar este tema ahora).

**3)** La decisión *-quiero esto-* puede ser el resultado de una deliberación, es decir, de un examen racional de las diversas posibilidades que se presentan, de sus pros y sus contras, de sus consecuencias, etc. Pero ello no es siempre necesario, y sólo se da en casos especialmente conflictivos. Con frecuencia nuestro querer responde a nuestro modo de ser, a nuestros intereses y preferencias permanentes: la decisión está ya tomada antes de que se presente el caso en cuestión. Ello nos hace ser previsibles para los demás, que pueden adivinar lo que elegiremos, facilitando así las relaciones sociales.

El acto voluntario rara vez exige un notable esfuerzo, y tampoco son frecuentes los conflictos con o entre los deseos. En muchos casos, la voluntad elige un impulso con una deliberación mínima y sin dificultad alguna. En otros casos, los hábitos adquiridos prestan una notable ayuda. Puede ser costoso levantarse pronto en invierno, pero no lo es tanto cuando el automatismo del hábito presta su colaboración: nos levantamos "casi sin querer" (y si lo pensáramos mucho —es decir, si deliberáramos—, quizá no nos levantaríamos).

**(Hábito:** Disposición permanente a actuar de un modo determinado. No confundirlo con **costumbre:** forma repetida de conducta o práctica social tradicional. Ni tampoco con **habituación:** desaparición de la reacción a un estímulo como consecuencia de la repetición de dicho estímulo).

**4)** La concepción popular suele suponer que la volición (el querer) consiste en un triunfo sobre el deseo. Nada más lejos de la realidad. Querer es, en realidad, una forma de desear. Ello es debido a que en la deliberación se tienen en cuenta no sólo motivos, es decir, "razones", sino también móviles, es decir, deseos y pasiones.

Así, en el querer se integran el deseo (los móviles de la acción) y la razón (los motivos o razones). Se explica, por tanto, que la voluntad haya sido definida como *deseo racional*. No se puede querer contra el deseo, y cuando esto parece acontecer es porque se quiere en contra de un deseo apoyándose en otro. Como tampoco se puede querer contra la razón, sino únicamente en contra de ciertas razones, pero a favor de otras. Quiero no comerme ese pastel, el cual es deseado, me gusta, y no lo quiero comer porque se que me va a sentar muy mal (imagina que tengo alergia a

uno de sus componentes) y prefiero no pasarlo tan mal después. No puedo saltar al agua desde un acantilado sabiendo que ello implica un gran riesgo -tal vez mortal- para mi vida a no ser que el no saltar implique una muerte segura porque me sigue un animal feroz para comerme. (El primer ejemplo son deseos, el segundo razones).

Si se pregunta ahora cómo es posible que pueda otorgar mi preferencia a determinados deseos y a determinadas razones, sólo cabe dar una respuesta: si no fuera así, no sería libre. El querer es, pues, el acto propio de la libertad. No hay un verdadero querer si no es libre.

**5)** Finalmente, el *yo quiero*, casi siempre, es un *yo quiero hacer esto*. La acción forma parte de la volición. Una volición que no pase o que no intente pasar a la acción no sería sino una simple veleidad (un deseo vacío y sin fundamento, que enseguida cambia. La persona veleidosa es la inconstante que nunca llega a nada, la que va de flor en flor pero sin llegar siquiera a oler ninguna).

**6)** Hay dos casos en que la voluntad ofrece unas peculiaridades extraordinarias: a.- cuando el querer, la acción voluntaria, va más allá de unas circunstancias temporales momentáneas: hay querer que son mantenidos prolongadamente, incluso durante toda la vida. Cuando esto sucede, el querer recibe el nombre de *proyecto vital*. Y es en esta forma de querer donde mejor se manifiesta la unidad del ser humano. b.- Por otra parte, a veces el querer no conduce de por sí a ninguna acción externa, como en estos dos casos: la aceptación de mí mismo, tal y como irremediamente soy o la aceptación de mi muerte, cuando esta llega. Se trata de dos casos muy particulares de querer, de ejercer nuestra voluntad.

En **conclusión**, en el querer parece realizarse una síntesis de toda la actividad psíquica y física del individuo: la representación, la atención, la razón, el deseo y su ejecución. Por eso en la volición se expresa la unidad y la totalidad del ser humano como ser libre. Vuelve ahora a leer el texto de Unamuno del comienzo del apartado 3.2.2 y lo entenderás plenamente.

El *yo* sólo se manifiesta en su totalidad en el *yo quiero*. «El acto libre expresa la totalidad del yo. La decisión libre emana del alma entera, ya que responde al conjunto de nuestros sentimientos, pensamientos y aspiraciones más profundas» (Henri Bergson: *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*). «De no existir la voluntad, no habría tampoco ese centro del mundo al que llamamos el yo» ( Wittgenstein: *Diario filosófico*, 5/8/16).

El humano no es una multiplicidad de seres unidos, lo cual sería absurdo, sino un ser unitario que alberga una pluralidad estructural y una gran complejidad de capacidades. Son las funciones que realizamos, especialmente la acción, por sencilla que aparentemente sea, la que muestra el carácter unitario de nuestro complejo modo de existir.